

CARMEN KURTZ

# Los cuentos que nos contaron

por Carmen Kurtz



**T**odavía hoy, cuando vuelvo a ver la casa donde nací, algo dentro de mí se conmueve, está vivo. Es una casa grande del Ensanche de Barcelona, en la calle de Mallorca chaflán Gerona, seis balcones a la calle, mucho sol y también mucho frío en invierno a pesar

de las dos «Salamandras». Lo más divertido de aquel piso de la calle Mallorca era el pasillo circular, un corredor que ejercía las veces de tal ya que fue escenario y testigo de nuestras correrías. Entre hermanos y primos hermanos nos reuníamos, a veces, diez chiquillos. Jugábamos al escondite, a

perseguirnos. Corríamos como locos seguidos por los gatos y los perros que acompañaron nuestra infancia. Días de fiesta en que los mayores se reclinaban en el salón, besos y abrazos, regañinas, tortas, de todo hubo. Incluso peleas familiares de cierta importancia con final feliz.

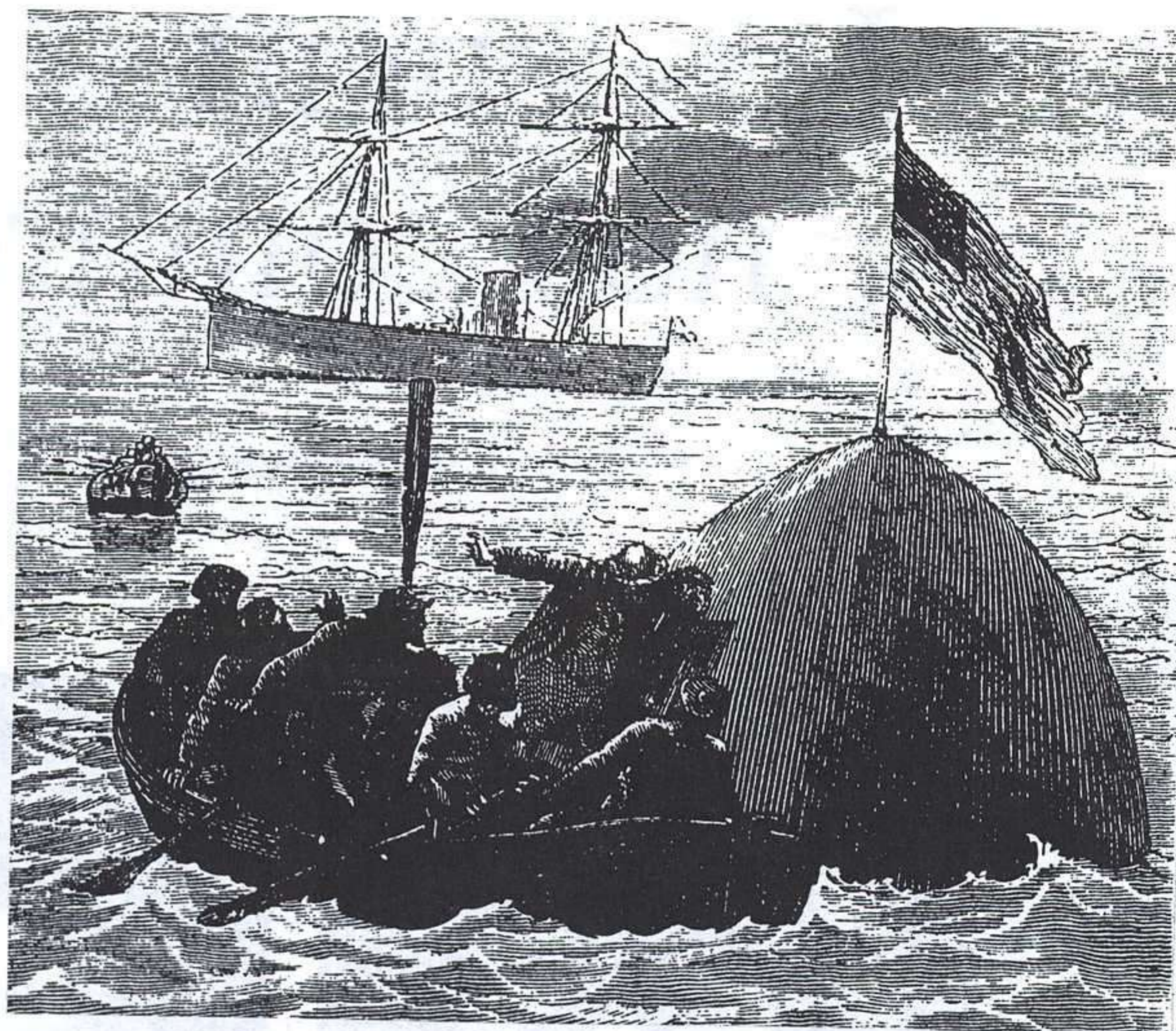


Y también recuerdo la otra cara de la moneda, los momentos de reposo después del baño nocturno. Mi madre guardaba libros de cuentos de cuando ella era niña y yo, en aquellos ratos de lectura, hubiera querido ser Rapuncel, o el Gato con Botas, Pulgarcito o la Pequeña Vendedora de Fósforos, la Sirenita o Blanca Nieves, Peter Pan o Alicia.

Aquella deliciosa intimidad con mi madre se interrumpió un mal día. Mi madre murió. «Tu mamá está en el cielo», me dijeron, y yo, a mis cinco años, no acertaba a comprender cómo mi madre podía haberme dejado sin terminar aquel cuento cuyo absurdo final en nada se parecía a los finales felices de los cuentos a que me tenía acostumbrada.

Creo que aprendí a leer con un solo propósito: recobrar a mi madre. En casa había muchos libros de cuentos que pertenecieron sucesivamente a mi madre, mis tíos y mis hermanos mayores. Los que me antecieron habían coloreado las ilustraciones, originales en blanco y negro. Mi talento en ese apartado era nulo. Las ilustraciones originales en color me gustaban; algunas, me doy cuenta ahora, eran muy buenas, pero yo prefería el texto. Leer era para mí una necesidad y aún me veo sentada sobre la alfombra del salón de casa de mis abuelos leyendo *La Esfera*, un semanario de aquella época con páginas a todo color. En *La Esfera* leí algo referente a la Revolución Rusa. Ignoro si saqué algo en claro, pero recuerdo muy bien que el pueblo ruso sufrió en su revolución infinidad de penurias, entre otras la casi ausencia de hilo de coser que se vendía en aquellos tiempos a metros.

Es curioso que tan gran catástrofe haya sido almacenada en mi memoria con algo tan humilde como pueda ser un carrete de hilo. Curioso también el hecho de que la hiperactividad, que fue la norma en mis años de infancia, pudiera alternar con la quietud que supone la lectura. Así fue. Los



EMILE BAYARD, ALREDEDOR DE LA LUNA, MADRID: ANAYA, 1989.

juegos, el correr a lo largo del pasillo circular, no se interrumpieron, y alcanzaban su tope máximo en la finca del abuelo, durante las largas vacaciones del verano.

Pasé de una Escuela Maternal a un colegio de verdad, severísimo por añadidura. Poco después de la muerte de mi madre entré como alumna en el Sagrado Corazón de Barcelona.

Los buenos recuerdos de mi primer colegio se centran en la figura de una monja (la madre Barnola), quien, prescindiendo de la dureza del reglamento, alguna vez, al finalizar la clase, me sentaba en su falda y me daba todo el cariño que puede dar una monja. Me encariñé con ella como me fui encariñando con otras monjas que le sucedieron. Con mis compañeras tuve un trato normal, diría muy bueno, y mis notas fueron siempre las mejores, no porque yo fuera especialmente inteligente, sino porque mi

padre fue siempre muy severo. Las notas eran semanales y yo debía *forzosamente* obtener la máxima, aquel «Muy Bien» que equivalía a un 10 en todo. Las notas se daban el domingo por la mañana después de la misa, con un ceremonial estremecedor presidido por la Madre Superiora. Una clase tras otra las alumnas desfilábamos para recoger con una gran «reverencia» la papeleta que para mí era cuestión de vida o muerte. Las piernas me temblaban. Envidiaba a mis compañeras que no parecían en absoluto temerosas. Al llegar a casa, mi padre echaba un vistazo a mi nota y no hacía comentario alguno. Mis grandes éxitos los conseguía en la disciplina de la lectura. En cambio recuerdo abochornada los recreos. Jugábamos a pelota divididas en dos campos. Como no me la pusieran en las manos me resultaba imposible hacerme con ella. Incondicionalmente



admiré a mis compañeras que corrían, saltaban, se hacían con la pelota como verdaderas malabaristas. Años más tarde leí, no sé dónde, que el poeta Shelley lloraba en los recreos por su torpeza.

Todo es importante en la vida de cualquier ser humano. Todo ser humano, por humilde que sea, tiene su historia. Los niños de antes enfermaban a menudo y las enfermedades duraban muchísimo. Luego venían las convalecencias. Y durante esos períodos no había más remedio que quedarse en casa y en cama. Los chiquillos de entonces (años 20) no conocíamos la radio y mucho menos la televisión. Estoy casi convencida de que la ausencia de los medios audiovisuales favoreció la afición a la lectura y al dibujo. Leí, leí cuanto puede leer una niña que vivía el mundo fabuloso de la ficción y a la que se dieron toda clase de facilidades. He de confesar que mi padre favoreció mis inclinaciones. Se sentaba a los pies de mi cama y me leía todos los Julio Verne que teníamos en casa. Él era un gran forofo de Verne y así recuerdo a Miguel Strogoff en las heladas estepas, a Phileas Fogg en su vuelta al mundo y al Capitán Nemo en sus veinte mil leguas de viaje submarino. Todos los Julio Verne me fueron leídos por mi padre mientras el termómetro subía o bajaba; aquello era casi lo de menos. Quizá mi afán de viajes, años más tarde, lo debí en parte a las lecturas de mi padre. En mi serie *Óscar* se nota mi inclinación por todo cuanto significa horizontes nuevos y mundos imaginarios. Me gustaban la historia y la geografía, tenía facilidad para los idiomas y era una nulidad para las matemáticas.

Durante tres años estudié en casa, ya que mi salud no era buena. También entonces mi padre tuvo un gran protagonismo. Me daba lecciones de todo y si la rígida disciplina del Sagrado Corazón me pareció siempre abusiva, la de mi padre, los rigores a que me sometió, la superaron sin

duda alguna. Era un hombre muy culto y ahora me arrepiento de no haberle hecho caso. Tenía mal genio, era griton y aficionado a descargar la mano, pero su corazón era tierno. Los ojos de una niña no saben de matices. Para mí, durante aquellos tres años de cuidados y estudios, Papá fue un tirano.

Lo he convertido en el padre más comprensivo, más tolerante del mundo, en el Jorge Tur de la serie *Óscar*.

He llegado a la conclusión de que el niño necesita cuentos. Primero cuentos contados, más tarde libros de cuentos leídos. Los lazos de intimidad que pueden crear los cuentos entre la madre, o el padre, y el niño nunca se olvidan. Me atrevería a decir que el niño que ha tenido una infancia llena de cuentos será, indudablemente, un buen lector a pesar de todos los medios audiovisuales de que dispone. A veces cuando me preguntan qué técnica utilizo para escribir un cuento, o un libro de cuentos para niños, no se me ocurre nada mejor que contestar: «Como si estuviera contando». *Al contar* un cuento no somos pedantes. No podemos recurrir a los rellenos, hay que apoyarse en la acción y la imagen, hay que trasladar al niño al clima fantástico de la ficción.

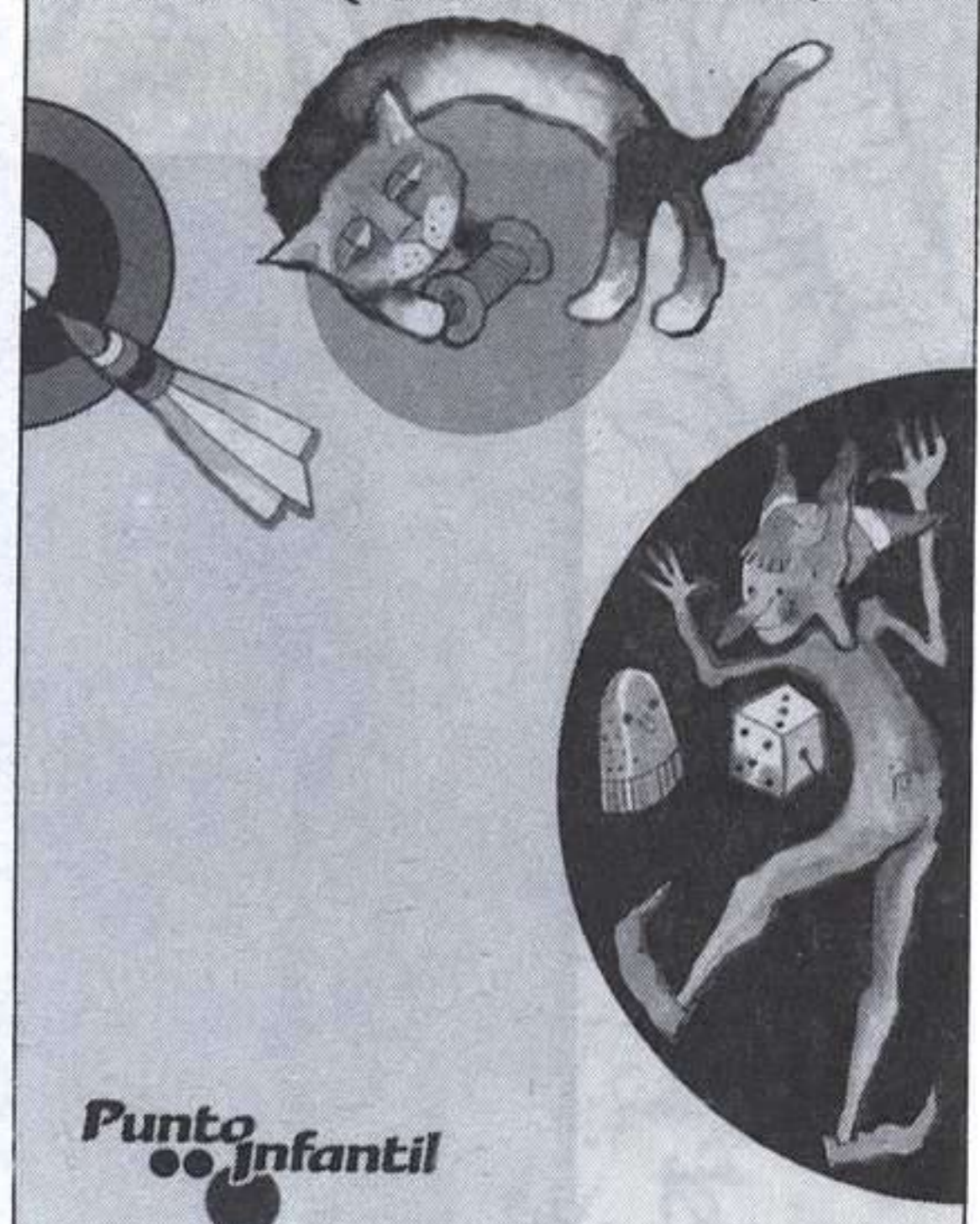
He hablado de mi madre y de mi padre, sería injusta si no mencionara, también, alguna de las *tatas* que reemplazaron a veces a cualquiera de los dos. Sabían tres o cuatro cuentos que probablemente pertenecían al folclore rural. Los sabíamos de memoria y exigíamos total fidelidad. No queríamos cambios. Y la *tata* de turno, que a lo mejor no sabía leer, hilvanaba un cuento que nosotros escuchábamos estremecidos porque era algo que ella guardaba entre los mejores y más queridos recuerdos de su infancia.

Y para terminar me atreveré a decir: «Uno olvida fácilmente los libros leídos a lo largo de los años. Los cuentos que nos contaron o los que leímos, los que significaron el primer contacto con la lectura, no se olvidan nunca». ■

## Bibliografía (selección)

CARMEN KURTZ

**COSAS QUE SE PIERDEN,  
AMIGOS QUE SE ENCUENTRAN**



### Infantil-juvenil

- Serie *Óscar* (16 títulos), Barcelona: Noguer, 1962-1984.  
*Color de fuego*, Madrid: Cid, 1964.  
*Chepita*, Madrid: Escuela Española, 1979.  
*Veva*, Barcelona: Noguer, 1980.  
*Piedras y trompetas*, Barcelona: Noguer, 1981.  
*Querido Tim*, Madrid: Escuela Española, 1983.  
*Pepe y Dudú*, Madrid: Escuela Española, 1983.  
*Brun*, Barcelona: Noguer, 1985.  
*¿Habéis visto un huevo?*, Barcelona: Noguer, 1990.  
*Cosas que se pierden, amigos que se encuentran*, Madrid: Magisterio, 1990.